

DON HÉCTOR HERNÁNDEZ CALLES

Conferencia leída en la Biblioteca Pública del Zulia en el homenaje de la Academia de Historia del estado Zulia en el primer centenario de su nacimiento.

Tito Balza Santaella

Es para mí un verdadero honor y motivo de honda satisfacción expresar la voz y el sentimiento de la Academia de Historia del estado Zulia, en este acto de homenaje y recordación a la memoria de ese grande hombre, sencillito y bueno, estudioso y trabajador, digno y honorable que fue don Héctor Hernández Calles, nuestro amigo personal y un siempre confiable y seguro amigo de nuestra institución, en el primer centenario de su nacimiento.

Nuestra academia, notaria y albacea de la historia regional, tiene como su más alto e inalienable objetivo mantener viva en la conciencia de la ciudadanía y divulgar para su conocimiento en los estratos más jóvenes de nuestra sociedad, la memoria, el quehacer, la obra y los logros de los grandes zulianos, de aquellos que, por elevarse por encima del común, llamamos y reputamos por héroes. Especialmente nos interesa destacar el afán y las realizaciones de los héroes civiles, en este duro momento que la patria vive de predominio y hegemonía militar. El ciudadano desprevenido que camina, por ejemplo, por las calles y avenidas de nuestra ciudad, bella y moderna, dotada de todos los servicios, con soberbias edificaciones, bulliciosos planteles y grandes universidades, poderosos y variados medios de comunicación, centros comerciales y bancarios,

organizaciones científicas y sociales de bien ganado prestigio, clínicas y hospitales, hermosas y bien dotadas bibliotecas, como esta, debe saber que nuestra ciudad capital, como las demás ciudades del interior del estado, son, desde el punto de vista de su crecimiento y modernidad, relativamente jóvenes. Su desarrollo y modernización despierta al lado y con el empuje de la ebullición petrolera, y ellas son producto y logro, fundamentalmente, del pulso civil: ingenieros, constructores, médicos, científicos, escritores, poetas. periodistas, políticos, comerciantes, trabajadores afanosos, soñadores y realizadores. Entre ellos se sitúa, con brillo y méritos más que propios, Héctor Hernández Calles, afanoso soñador de la imprenta, el periodismo y la lucha gremial.

¿De dónde salió este hombre que algunos, como yo, conocimos ya viejo y frondoso árbol, sabio y culto, empresario no rico, pero sí solvente, con empresa propia y decorando cada día a la novia de sus sueños; su revista? ¿De qué gran centro, de que gran universidad, nos preguntamos? Y la respuesta es, y debe ser ejemplar,: de la dura universidad de la vida.

Nació don Héctor, hace cien años, el 22 de julio de 1912, en la ciudad de Coro. Huérfano desde muy niño, cuando otros adolescentes iban a los liceos y universidades, él se adiestraba en el duro oficio de la imprenta y la linotipia en el taller de los hermanos Ramírez (tendría 14 o 15 años) y allí mismo hizo pacto, que nunca rompería, con el olor de la tinta, el tráfago de la imprenta y el papel impreso. Buscando mejores horizontes se vino a Maracaibo; pero no lo

deslumbró el resplandor de la explotación petrolera sino que se puso a la sombra y al cobijo de los maestros del periodismo romántico. Se inició en 1928 (tenía 16 años) en el diario La Información del historiador Juan Besson y, rápidamente, en 1929, pasó al primitivo Panorama, allí fue su dura escuela y su formación como hombre de bien y de trabajo: jefe de información, jefe de talleres, jefe de imposición, cronista y corrector de pruebas, hasta 1946. Y entretanto, afanosamente, hacía amistades, elaboraba proyectos y padecía angustias en la lucha social y en la estructuración gremial. En 1932 aparece como cofundador de La voz del obrero, con su gran amigo y compañero José Antonio Ugas Morán y el respaldo de Juan José Medina, Jesús Correa y Julio Castro; en 1936, es fundador del vespertino La Hora, con Manacho Armas y Eduardo Lachman; en 1937, gerente general de El País, en solidaridad con el director fundador Felipe Hernández Martínez, preso para la época; fundador del efímero diario El Nivel; en 1942 es director fundador del semanario Baluarte, órgano periodístico de la Asociación Anglo-Venezolana, con Fernando Chumaceiro Capriles, Marcos Bozo y Roberto Morales González; en 1947, director y socio del diario Noticias Gráficas, con Kotepa Delgado y Miguel Ángel Capriles; en 1949, director fundador del semanario Mundo Gráfico y colaborador del diario Consigna; y en diciembre de 1951, ya maduro y experimentado, nutrido de lecturas, especialmente de la obra de los grandes clásicos de la literatura y con amplio dominio de la lengua, da el paso definitivo que lo identifica y caracteriza: Funda la revista Maracaibo Social.

El periodismo fue su pasión y su trinchera de lucha. No simplemente una profesión por medio de la cual se deriva el sustento, sino un instrumento lleno de contenido social y fortalecido con fe y conciencia solidaria. De los objetivos que el periodismo como profesión se plantea, tomó especialmente el de la enseñanza, esto es, la lucha ciudadana, la orientación y la sensibilización de la ciudadanía para el progreso y la transformación de su pueblo, para la instauración de un sentimiento democrático en un país acostumbrado a la imposición del poder, que emergía del letargo de la larga tiranía castrogomecista, prácticas autoritarias que se continuaban y ejercían en el gobierno de López Contreras. Entró, autodidacto y franco, en el ejercicio de una profesión donde no existía conciencia ni instituciones gremiales. Entró, humilde trabajador, en un campo laboral donde no había sindicatos ni asociaciones protectoras del trabajador ni instrumentos para la lucha obreril. Y luchó y acompañó a los hombres que fueron pioneros del combate social y del nacimiento de las instituciones gremiales. Y, por supuesto, en este camino tortuoso e inseguro, padeció persecuciones e injusticias, encarcelamiento, sobresaltos y exilio. Y así obtuvo su carné de ciudadano digno. En Venezuela, quien llegue a la madurez sin haber sabido de cárceles, injusticias y persecuciones, es francamente sospechoso. Y don Héctor fue siempre un hombre confiable, de palabra y acción.

Se dio a la lucha gremial con entrega y dedicación. Fue fundador en 1932 de la Asociación de Tipógrafos del Zulia junto con el Dr. Eduardo López Bustamante, Juan José Medina y Jesús Correa, antecedente del Sindicato Único de

Trabajadores de Artes Gráficas, Similares y Conexos del estado Zulia fundado el 20 de julio de 1944. Igualmente está entre los fundadores y dirigentes de la Asociación Venezolana de Periodistas, seccional Zulia, institución en la cual ejerció todas las secretarías con la única excepción de la de Finanzas, desde 1949 hasta 1953, cuando entrega la Secretaría General de ese gremio a su compañero de luchas y amigo entrañable José Antonio Ugas Morán, a quien acompañó en esa nueva directiva como Secretario de Organización. La AVP, como bien se sabe, tuvo una larga y fecunda trayectoria, que se vio afectada por la censura oficial y altamente represiva de la dictadura perezjimenista. En sus anales, y con brillo propio, el nombre de don Héctor Hernández Calles, refulge al lado de los grandes periodistas de la época: Eduardo Azuaje, Ángel María Urdaneta, Manuel Rodríguez Mena, Miguel Ángel Reyes, Fernando Caldera, Andrés Hernández, Alejandro Borges, Rodolfo Argüello, Anselmo Reyes, Hesnor Rivera, Antonio Núñez Rovira, Vinicio Castro Pimentel y, por supuesto, José Antonio Ugas Morán, el decano de los periodistas zulianos. Esta noble y luchadora institución, de grata recordación en nuestra historia cultural, se transformó en 1976 en el Colegio Nacional de Periodistas que hoy conocemos.

Es natural que un hombre con esta trayectoria contase con el aprecio, el cariño y la aceptación social. Mereció el más amplio reconocimiento de instituciones públicas y privadas. Su pecho y las paredes de su oficina se fueron llenando con diplomas, premios, placas y condecoraciones: El Premio Municipal de Periodismo Eduardo López Rivas, el Estatal de Periodismo Jesús Semprún, la Medalla de Honor

al Mérito Profesional del Colegio Nacional de Periodistas, el Premio Nacional de Periodismo, otorgado a su revista Maracaibo, la Orden Ciudad de Maracaibo en su Primera Clase, la Orden Francisco de Miranda, en tercera, segunda y primera clases, así como también diplomas y placas de honor de nuestra Academia de Historia del estado Zulia, de la Asociación Venezolana de Escritores, seccional Zulia, de la Gobernación del Estado, del Ministerio de la Defensa, de la Gobernación del Distrito E-1 de la Asociación Internacional de Clubes de Leones, de la Asociación Zuliana de Ejecutivos, de Fedecámaras, de las Fuerzas Armadas Policiales, de la Fraternidad Hebrea, del Róтары Club Internacional, de la Asociación Cultural Rómulo Gallegos y los premios Ampíes de Oro, Médanos de Oro y Estampas de Venezuela, entre muchos otros.

El Zulia vivió un período de alto prestigio cultural representado por una gran revista que fue orgullo regional y referencia nacional: El Zulia Ilustrado de ese héroe de la cultura que fue Eduardo López Rivas. Su primer número apareció el 24 de octubre de 1888, enmarcado en la celebración y exaltación del primer centenario del nacimiento de Rafael Urdaneta, y su último número conocido (el 38-39) está fechado el 29 de diciembre de 1891. Desde entonces se hizo el silencio. Nadie más se atrevió a la titánica empresa. Largo silencio que se extendió durante sesenta años. Sesenta años durante los cuales el periodismo zuliano se ejerció a través del diarismo y otras formas del periódico, pero sin ninguna revista estable y permanente. De este vacío se lamentaba y extrañaba en 1951, en presencia de don Héctor, una comisión de la Asociación Venezolana de

Periodistas venida desde Caracas. Y don Héctor aceptó el reto. En diciembre de 1951, en los albores de 1952, apareció la criatura soñada y deseada, deseada y esperada. Apareció el primer número de la revista Maracaibo Social. Su aparición fue gratamente recibida por la sociedad marabina, por su novedoso diseño y su impresión y muy especialmente por la grata sorpresa del color, del esplendor del color en su portada y en sus páginas centrales, adelanto gráfico que hasta ese momento no se había visto en ninguna publicación regional. En cada edición una bella dama engalanaba, a todo color, la portada. Una manera de exaltar la belleza de nuestras mujeres. Era y es un signo de prestigio aparecer en su portada. Su fundador la concibió siempre como una revista nacional. Para divulgarla, para darla a conocer, para ganarle amigos más allá de las fronteras estatales, se dio a la costosa y exigente tarea de recorrer el país y de hacer ediciones dedicadas a diferentes estados de la república y así lo hizo. Hasta alcanzó a visitar y hacer una edición dedicada al lejano estado Nueva Esparta, y también una dedicada al vecino Curazao. Al principio se llamó Maracaibo Social porque era fundamentalmente un órgano social ilustrado y, más tarde, eliminó el adjetivo y se llamó Maracaibo, “La revista del Zulia para Venezuela”. En ella se ha reseñado siempre las crónicas de la vida socioeconómica y cultural de la región zuliana, por eso es un vehículo divulgador para todo el país de las inquietudes de progreso de esta entidad.

Para incentivar la venta de sus ejemplares, su fundador diseñó diferentes estrategias. Así se efectuaron trece concursos entre sus lectores. El primer premio fue siempre un automóvil de lujo, seguido por segundos y terceros premios

con juegos de muebles y artefactos eléctricos para el hogar. Se recuerda entre los ganadores a la señorita Luz Mila Carroz, Reina del Concurso de la Industria y el Comercio, quien se hizo acreedora de un lujoso Chevrolet convertible. Igualmente se establecieron concursos de gran éxito para la época como la Reina del Petróleo, en cuya primera edición, realizado en 1954, se eligió a la señorita Raisa Josefina Prado, acreedora igualmente de un lujoso coche.

Mientras existió, don Héctor dirigió la revista, pero contó con colaboradores insignes como Atenógenes Olivares, hijo, quien durante más de veinticinco años fue jefe de redacción y luego subdirector y el poeta Berthy Ríos, jefe de redacción desde los momentos iniciales hasta 1954 y Hernán Hernández Belloso, su hijo, jefe de Relaciones Públicas y Publicidad, quien tomó las riendas de la revista a raíz de la muerte de don Héctor. En el cuerpo de redacción estuvieron los poetas H. R. Marín Fonseca, y Heberto Hernández Belloso y el periodista Enrique Villalobos Martínez.

Actualmente la revista, impresa totalmente en nuestra ciudad y en su propia imprenta, es no solo un icono de la zulianidad, sino que tiene el raro privilegio de ser la decana de las revistas de provincia y la más antigua del país, desaparecido como han las revistas anteriores que en Caracas se editaban.

Yo debo, en justicia, destacar que un indisoluble lazo de amistad y cariño nos unen y nos han unido siempre a la revista, desde los ya lejanos días del Centro Histórico del Zulia. Siempre nuestra Academia ha podido contar con la solidaridad de la revista y en las páginas de ella han estado

siempre presentes las firmas de nuestros miembros: Especialmente don Atenógenes Olivares, cuyas Siluetas Ilustres, sistemáticamente aparecidas en la revista, y luego vertidas a la noble forma del libro, han sido un gran aporte a la historia biográfica del Zulia, Berthy Ríos. Herculino Adrianza Álvarez, Claudio Bozo, Fernando Guerrero Matheus, Evaristo Fernández Ocando, Humberto Gutiérrez, Jorge Rodríguez Cabrera, Humberto La Roche, Manuel Matos Romero, Ángel Emiro Govea, Pedro Luis Padrón, Rafael Reátegui Cárdenas y más cercanamente , Pedro Alciro Barboza de la Torre, Roberto Jiménez Maggiolo, Efraím Peña Utrera, Gastón Montiel Villasmil, Guillermo Ferrer, Orlando Arrieta Meléndez, Luis Guillermo Hernández, Jesús Ángel Parra, Iván Darío Parra, Kurt Nágel von Jess, Iván Salazar Zaíd y otros, entre los cuales, consecuente y humildemente me cuento desde la revista 477 hasta la actualidad.

El 20 de junio de 1995 fue un día luctuoso. En la noche de ese día, a las 11 y 45, se apagó el noble corazón de don Héctor, a los 83 años de caluroso palpitar. Su muerte no fue un hecho privado, no causó un duelo íntimo ni solo familiar. La ciudad entera la sintió, el gremio y sus amigos la lamentamos. Se apagaba una luz, pero había quedado una antorcha. Su hijo, Hernán Hernández Belloso, mi dilecto amigo y exalumno, con sólida formación cultural, con la experiencia cultivada a su sombra, lo reemplazó y tomó hasta hoy las riendas de la revista. Así escribió en un desgarrador editorial que encabeza la revista N° 503: “Hoy nos lega, a quienes le sucedemos en esta misión de darle al Zulia una publicación de altura, el claro ejemplo de su entusiasmo y su perseverancia, de su sentido de la misión formativa y

conductora de los medios de comunicación social, de su respeto por el prójimo y de su disposición a resaltar los positivos valores que han identificado al gentilicio venezolano”.

Llor al ciudadano ejemplar cuyos amigos se reúnen en torno a su nombre para rendirle homenaje y pleitesía. Bien podría decir don Héctor: “Mis esfuerzos no fueron vanos”.

Muchas gracias.